

XLIX PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

JERÓNIMO TRISTANTE

NUNCA
ES TARDE

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de Honor), Miguel Cruz Giráldez, Miguel Ángel Matellanes, Ramón Pernas, Francisco Prior y Luis del Val. La novela *Nunca es tarde*, de Jerónimo Tristante, resultó ganadora del XLIX Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua

Primera edición: 2017

© Jerónimo Tristante, 2017

© Algaida Editores, 2017

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-853-4

Depósito legal: SE. 1722-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

ANTES.....	11
ISABEL.....	20
AHORA.....	27
ANA GALLART.....	37
JUANES.....	51
LAURA ÁLVAREZ.....	65
BRÍGIDA.....	70
LA CRESTA DE SAS.....	78
ENAR.....	87
GARRIDO.....	100
FINITA BENET.....	111
BERNARDO.....	126
GUILLERMO PAU.....	137
EL SEÑOR BLANCO.....	152
BERNARDO OTRA VEZ.....	164
FABREGAT.....	178

PERFILES	192
MALOS SUEÑOS	203
MERCEDES LUENGO	213
CENA	225
VISIÓN REMOTA	234
JUANA ALCARAZ	246
MOHAMED	256
FEDRA HERNÁNDEZ	266
¿LA CRESTA DE SAS?	277
EL SUR	287
EL AMOR	298
ADN	311
RÓDENAS	321
ALEJANDRO ALACID	330
LA IGLESIA DE SANTA MARÍA	339
EL VALLE	348
FABREGAT	360
UNA CABAÑA	370
LÓBULO FRONTAL	383
EL ACTO FINAL	394
MIRANDO LA NIEVE	407
EPÍLOGO	411

*A María Salmerón,
el viento en mis velas*

ANTES

EN LA FIESTA DE HALLOWEEN DE 2014 TUVO LUGAR el primero de una serie de extraños acontecimientos en El Valle que darían mucho que hablar. En principio no pareció nada importante, pero aquel suceso inicial fue, poco a poco, dando lugar a otros y otros, y los rumores terminaron por generar el pánico en la pequeña y siempre tranquila población de montaña.

Al principio nadie reparó en ello, pero luego, y gracias a la perspicaz señora Blanes, todos se hicieron eco de la historia, lo que generó una reacción en cadena que terminó por sumir a la población en la más absoluta histeria colectiva.

Las habladurías comenzaron justo una semana después de la fiesta de las brujas que habían organizado los Vera en el jardín de su magnífica casa en las colinas, la zona residencial más elitista del pueblo, cuando un inocente comentario hizo que los habitantes de El Valle comenzaran a ponerse nerviosos.

Fue, en efecto, la cotilla oficial del pueblo, la señora Blanes, quien hizo una observación al respecto mientras tomaba el té con sus amigas en el Café Centro.

Las cinco descansaban tras su sesión de aeróbic en el centro comunitario y comentaban que la fiesta de los Vera había sido perfecta: más de setenta niños de la Escuela Clara Campoamor, con sus respectivas madres o padres, habían asistido disfrazados de Spiderman, de bruja o de Bart Simpson, el atuendo más repetido. Todas coincidían en celebrar el buen gusto de Manuel, ingeniero de telecomunicaciones, y de Luisa, médico generalista, que habían tenido la valentía de dar una fiesta como aquella para sus hijos de diez, ocho y seis años, a la que habían invitado a todos sus amigos de la escuela.

La señora Blanes, de treinta y siete, esposa de Paco Núñez, el fontanero, destapó la caja de los truenos al decir mientras masticaba un trozo de tarta de manzana:

—El año que viene, deberíamos instaurar un premio para el niño mejor disfrazado. Hubo algunos de concurso, fantásticos. De hecho me fijé especialmente en la hija de esa chica que llegó de Barcelona, Mirete, creo que se llama. Era espeluznante. Horrible. Qué bien caracterizada iba, ¿verdad?

Juana Vega ladeó la cabeza y repuso:

—No, Mercedes, te equivocas: esa chica que dices tiene un niño.

—¿Cómo?

—Sí, sí, un niño. No va a al grupo de nuestro hijos, está en la otra clase de seis años, con la señorita Amalia. Esa chica, Mirete, que por cierto está separada —apuntó no sin cierto retintín—, tiene un niño, no una niña.

—Bueno, tampoco es que fuera una niña. Era casi una adolescente. Pero entonces, ¿esa chica no...?

—Solo digo que esa niña o chica, como dices tú, la del disfraz tan logrado, no es hija de los anfitriones ni de esa Mirete. Sé a quién te refieres, me llamó la atención lo bueno que era su disfraz, y sí, daba pánico. Estaba caracterizada sensacionalmente, como salida de una película de miedo. Sus padres debieron de gastarse una buena pasta.

—Sí, sí, de época —terció Ana Cervantes—. Con faldita de cuadros, su chaquetilla corta y esa enorme corbata de lazo. ¡Si hasta llevaba unos zapatos de charol viejos como carcomidos por el moho! Muy logrado. Traía las piernas sucias y el pelo apelmazado, como lleno de grasa. Parecía que hubiera salido de una tumba de los años sesenta.

—¿Y de quién es hija en ese caso? —preguntó Blanes intrigada.

Las cinco se miraron algo confusas.

—No sé —contestó la señora Juárez—. Allí había más de setenta chiquillos y todos vestidos de forma monstruosa, quizá era prima de alguien o amiga de no sé quién.

—Ya. Bien podía ser sobrina de Luisa, la anfitriona: su hermana estaba por allí, y me han dicho que es estilista en Milán.

—¡Vaya! ¿Estilista, dices? —repuso Ana muy interesada. Habían mencionado la palabra mágica, por lo que la conversación, a partir de ahí, discurrió por otros derroteros más mundanos.

* * *

No fue hasta la semana siguiente cuando la cosa se complicó un poco más después de que la señora Blanes tuviera que acudir a la consulta de Luisa Torregrosa porque sus hemorroides la estaban matando. En una exploración proctológica se habla de cualquier cosa para evitar lo tenso de la situación y, además, una buena cotilla nunca pierde ocasión a la hora de obtener algo más de información extra; así que la paciente felicitó a la doctora por la fiesta de Halloween y por la chica tan bien disfrazada a la que creía su sobrina.

—Mi hermana no tiene hijos, Mercedes.

—¿Cómo?

—Que esa chica no era hija de mi hermana. Pero la recuerdo muy bien, sí. La vi en la cocina y me sentí avergonzada de los disfraces de mis hijos. Parecía salida de una película de miedo. Excelente disfraz. Relájese, Mercedes; no haga fuerza.

—Daba pánico, ¿eh?

—Sí, estaba en la cocina preparando unos canapés y sentí un ruido algo fuerte, como cuando estás a la orilla de la autopista y pasa un coche cortando el viento. Me giré de pronto y allí estaba. No la había oído entrar, la verdad. «Hola», me dijo. «Hola», contesté yo. Se había sentado en uno de los taburetes altos que tengo junto a la barra de la cocina y sus pies colgaban, los movía de manera rítmica, como columpiándolos. «Esta fiesta es excelente, señora Torregrosa; quería darle las gracias como merece», dijo. Me llamó la atención lo bien que se explicaba y lo atenta que era. Los niños de hoy en día son tan maleducados... Uf, Mercedes, esto tiene mal aspecto, tendré que enviarla al especialista.

—¿Y no la conocía usted?

—No, pero yo soy nueva aquí, pensé que sería hermana de algún amigo de mis hijos, no sé, había más de setenta niños pululando por ahí. «¿Cómo te llamas, hija?», le pregunté. «Rosa», contestó. «¿Y cuántos años tienes?», insistí. «Trece», me dijo. Yo saqué una de las piruletas gigantes que guardaba para los premios de los juegos y se la di. «Toma, por ser tan educada», le dije. Pensé que no le haría ilusión, ya sabes cómo son los adolescentes, pero no, parece que le gustó el detalle. Entonces sonrió y vi que todos sus dientes estaban podridos; debía de llevar una dentadura de esas de juguete. Se acercó a darme un beso y su aliento hedía, olía fatal, como a tubería. Lo achaqué a que ese día los críos no hacen más que comer porquerías. «Es usted una gran mamá. Donde yo vivo no me dan caramelos», murmuró algo apenada. Su cara estaba maquillada en un tono pálido, tan mortecino que parecía hasta real, se le notaban como unas venillas en las mejillas. Se alejó hacia el jardín sonriendo. —Entonces la doctora se quitó los guantes de látex e, interrumpiendo bruscamente el relato, añadió—. Ya puede vestirse, Mercedes. Por cierto, que la chica llevaba las ojeras muy bien pintadas. Los ojos eran negros, pero muy raros, creo que quizá se había puesto hasta lentillas. —Luisa comenzó a escribir una receta mientras seguía hablando—. Y la chaqueta que llevaba era auténtica, ¡si tenía hasta telarañas! Olía a viejo, a ropa húmeda, como la del desván. Me encantaría conocer a su madre. Antes de irse me dijo: «¿Sabe usted dónde vive el señor Juanes?», y yo negué con la cabeza. Pero, Mercedes, ¿qué hace?

La señora Blanes se había quedado quieta. Muda. Parecía paralizada por el miedo.

—Luisa —dijo la cotilla, con el rostro demudado—. Esa chica no era del pueblo.

—¿Cómo?

—Que he hecho indagaciones y no es de la escuela. Ni de ninguna de las de Primaria ni del instituto. Pensé que sería alguna sobrina suya.

—No, en absoluto. Ya se lo he dicho.

—Vaya. Qué raro, ¿no?

—Sería alguna gamberra; ya sabe, una adolescente rebelde, gentucilla que se cuele en una fiesta bonita para hacerse con algunas golosinas por la cara.

—Iba muy bien caracterizada para ser pobre y, además, en El Valle no hay barrios marginales, Luisa.

—Pues no sé, chica, es un misterio. Pero bien disfrazada sí que iba, de hecho me recordó a la niña de *The Ring*...

* * *

En días sucesivos el rumor fue extendiéndose y haciéndose más persistente. Todos decían que en la fiesta de Halloween se había podido ver a una misteriosa niña que no era de nadie, una niña muerta. Dos tipos que bebían en el bar de Vicente, a las afueras, juraron haberla visto entrar a solas a eso de las doce.

Las doce de la noche del día de las brujas.

Pensaron que iba a gritarles «truco o trato» por lo que, al no tener caramelos, se pusieron a arrojarle cacahuetes. Esas modas americanas no gustan mucho a la gente

sencilla del pueblo, que solo sueña con emborracharse después de una dura jornada en la serrería, en el restaurante o vendiendo camisetas y recuerdos.

—¿El señor Juanes? —preguntó la inquietante joven.

Uno de los borrachos señaló hacia la carretera y dijo:

—La casa de madera, es azul, a dos kilómetros.

Y la cría desapareció igual que había llegado. El dueño del bar, Antonio Vendrell, estaba en el retrete, así que cuando se lo contaron supuso que aquello era un delirio de borrachos.

El rumor empezó a crecer y crecer, pero la cosa comenzó a ponerse fea cuando al quinto día de murmuraciones se produjo la tragedia: el señor Juanes, de ochenta y siete años, abogado retirado y cronista oficial de la localidad de El Valle, se colgó de una viga de madera en su pequeña propiedad. Era el tipo por el que había preguntado la misteriosa joven.

La gente comenzó a decir que aquella niña estaba en realidad muerta y que había venido a llevarse al anciano.

La causa de su muerte, el incidente del supermercado, sin duda, donde un día antes de ahorcarse, el viejo cascarrabias de Juanes había acudido a comprar carne, pan y unas cervezas. Una señora parlanchina hablaba y hablaba del incidente de la chica de Halloween: que si parecía muerta, que si no se sabía de quién era...

A Juanes se le cayeron unas cervezas al suelo al escuchar la descripción de la inquietante criatura y dijo muy serio:

—Esa es Rosa.

A las veinticuatro horas estaba muerto.

ISABEL

AQUEL ERA UN PUEBLO TRANQUILO Y SUCESOS DE aquella índole daban de sí para murmurar durante mucho, mucho tiempo. El Valle era un lugar apacible y hermoso. Había surgido de un repliegue del río, un cerrado meandro que había terminado por generar una suerte de playa donde se hacía posible almacenar los grandes troncos que habían de ser transportados hasta el Ebro por vía fluvial. A partir de un asentamiento de pobladores de origen alemán en 1776 y gracias a la llegada de doscientos trabajadores andaluces en 1801, aquella pequeña comunidad fue creciendo poco a poco hasta hacerse próspera y envidiable. Había terminado por transformarse en un lugar idílico que vivía del turismo y seguía conservando buenos ingresos del comercio de la madera, pero ahora con grúas, sistemas hidráulicos y camiones de gran tonelaje. Había trabajo y Huesca estaba relativamente cerca; los inviernos eran duros, pero la primavera era maravillosa, el verano, de días calurosos, largos y noches frescas, y el oto-

ño, una explosión de tonos amarillos y anaranjados. Había un Instituto de Secundaria, tres escuelas, tres iglesias y buenas instalaciones vecinales. Los turistas asistían en masa durante todo el año: en invierno buscando la nieve y en verano, el senderismo o los deportes acuáticos a la orilla del río. La gente disponía de tiendas y un pequeño centro comercial, y había un par de zonas residenciales con campo de golf. Huesca quedaba a solo una hora en coche y a apenas unos kilómetros se extendían, bellísimos e indómitos, los Pirineos, con el monte Aranzana al fondo, que llevaba el nombre del primer explorador que llegó al valle y en el que la mayoría de los habitantes tenían alguna cabaña o vivienda de recreo. En suma, un pueblecito próspero, tranquilo y apacible que Isabel Amat siempre había amado.

Era el lugar donde anidaban sus recuerdos, donde había vivido una feliz niñez y de donde solo había salido para estudiar dos cursos en la Universidad de Zaragoza para volver con el rabo entre las piernas totalmente convencida de que el mundo de los estudios no era para ella. Bernardo, su marido, volvió de Deusto dos años más tarde; lo conocía desde niña e incluso habían salido en un par de ocasiones cuando eran adolescentes. Era el hombre de su vida y había conseguido un excelente trabajo en Barcelona como ingeniero, así que renunció a todo —todo era un trabajo a tiempo parcial en la guardería de la señorita Allepuz— y se dedicó en cuerpo y alma a hacer feliz a su marido y cuidar a sus hijos: María, Esteban y Georgina. Él iba y venía a la Ciudad Condal, lo que lo obligaba a pernoctar fuera de casa un mínimo de dos noches por semana,

pero tenía un buen sueldo y no les faltaba de nada. O al menos eso quiso pensar Isabel. Su hermana Rebeca, una *yuppie* afincada en Chueca y adicta al trabajo, los estimulantes y los tipos que la trataban como una mierda, le decía que había desperdiciado su vida encerrada en aquel pequeño pueblo, pero ella era feliz. Adoraba El Valle.

A pesar de ello acababan de surgirle las dudas; Georgina, la más pequeña de sus hijos, había abandonado el nido en octubre para acudir a la Universidad Complutense en Madrid, Esteban estudiaba en Boston y María, la mayor, llevaba ya dos años trabajando como profesora de niños autistas en Málaga. Se sentía sola e inútil. Bernardo pasaba cada vez más tiempo en Barcelona y en los escasos días que pasaba por casa, llegaba cuando ya había oscurecido, cansado y con ganas de ver un poco la televisión, cenar y acostarse. Ella pasaba la jornada esperando su vuelta y ya no tenía que acompañar a los niños al colegio, preparar sus almuerzos, hacer inmensas coladas o llevar y traer a los críos a kárate, violín o tenis en su inmensa ranchera. No tenía nada que hacer. Además, él ya no la tocaba. Muchas veces se quedaba a dormir en la ciudad alegando que tenía tal o cual reunión. Tenía la excusa de que Barcelona no le quedaba tan cerca, tenía que llegarse hasta Huesca o Lérida y desde allí viajar en el tren de alta velocidad. Isabel sabía que había otra. Pero bueno, no es que aquello fuera algo nuevo para ella.

La primera vez fue hacía muchos años, cuando los niños aún eran pequeños. La mayor, María, apenas tendría nueve. Una tarde de invierno, mientras los críos hacían los deberes en la enorme mesa del salón, Isabel reparó en un

extraño coche que llevaba mucho tiempo aparcado en la acera, frente a su casa. Dentro había una mujer joven que lanzaba miradas furtivas hacia el interior de la vivienda, por lo que barajó seriamente la posibilidad de llamar a la policía. Entonces decidió salir y acercarse al vehículo, y tras golpear con los nudillos en la ventanilla, dijo:

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Sí —dijo la joven, que parecía muy nerviosa, bajando el cristal—. Soy la secretaria de Bernardo. Me voy a Burdeos. He dejado el trabajo. Hace dos semanas me practiqué un aborto. Bernardo lo pagó. El niño era suyo. Solo quería que lo supiera.

Isabel se quedó allí, de pie, con la boca abierta a la vez que miraba al vehículo perderse al final de la calle. No podía creerlo.

Aquella noche él llegó a casa y se comportó como si tal cosa. Estuvo hasta cariñoso de más, con ella y con los niños. Era un farsante. Lo odió por ello. Al menos podía mostrarse nervioso o algo preocupado simulando que tenía problemas laborales, estrés. Ni eso. Ella pasó la noche en vela sintiendo asco de su marido y valorando qué hacer. Finalmente, al alba, tomó una decisión. Esperaría a que los niños fueran mayores.

El tiempo fue pasando y no notó nada raro en el comportamiento de Bernardo. Aquella historia, que parecía salida de una pesadilla, se le fue olvidando y poco a poco comenzó a culparse a sí misma de lo ocurrido.

Él, quitando una inevitable calvicie, había logrado mantenerse bien pese al paso de los años; se cuidaba, vestía bien y seguía siendo un hombre relativamente atractivo.

Isabel, por el contrario, había pasado su vida entre partos, lactancias y fármacos para los niños. Se había descuidado y había ganado más de veinte kilos.

Sí, él había dejado de encontrarla atractiva y ella era la culpable.

A partir de ahí comenzó una vida de mortificación que la había llevado a probarlo todo: aeróbic, tai chi, pilates, *running*, natación y todas las dietas conocidas en el mundo occidental. Había seguido la de la alcachofa, la del melocotón y la patata, la del doctor Domínguez de Tijuana, los productos de Michael Newman y hasta había probado con la homeopatía. Logró bajar diez kilos, pero era consciente de que aún le sobrarian otros diez de los que nunca podría deshacerse. Se inyectó sustancias en la tripa, probó aparatos de gimnasia pasiva e incluso se había embutido en unos trajes térmicos en la consulta de un dietista de Barcelona que por poco le provocan una lipotimia. Nada.

Ahora tenía cuarenta y cinco años y era evidente que Bernardo había vuelto a las andadas. Ella era muy aficionada a las novelas de terror y sobre todo de misterio, de detectives. Procuraba observar y había percibido señales: un cierto olor a perfume en una camisa, un largo pelo moreno en el asiento de al lado del conductor en el coche de su marido, una férrea determinación en él de eliminar unos kilos y un recién descubierto interés por la moda; pero los más evidentes, los peores, eran una descarada mejora en su higiene corporal, la intención de hacerse un injerto de pelo y, sobre todo, una extraña dependencia del teléfono móvil que corría a coger en cuanto sonaba. Recibía mensajes

continuamente que, tras su lectura, le provocaban una sonrisa boba, y hablaba a todas horas en voz baja desde el baño e incluso, una vez, desde el armario del vestíbulo donde guardaban los abrigos. Veredicto: culpable.

Al menos tenía claro quién era la amante de su marido o al menos, una de ellas. Evelyn Carrera, guapa, sofisticada, colombiana, una ardiente latina con sus ceñidos trajes de Carolina Herrera, culta y siempre bella. Sabía que no podía competir con alguien así.

No es que Isabel fuera un adefesio; había heredado los hermosos ojos azules de su madre, su rostro era agraciado; su sonrisa, amplia y tenía el pelo largo, sano, brillante y del color del trigo. Pero le sobraban diez kilos y coleccionaba prospectos médicos. ¿Cómo iba a compararse con aquella brillante ejecutiva, una triunfadora que coleccionaba cuadros de Miró y pasaba sus vacaciones en Estados Unidos visitando museos de arte moderno?

Un buen día, después de una extenuante clase de *spinning* se sentó en la cafetería y pidió un capuchino y un buen par de bollos de chocolate. Pensó en lo que le era más querido: sus padres, muertos; sus hijos, perdidos ya para siempre, y sus recuerdos, que solo pertenecían a su pueblo.

Era un ama de casa cuarentona y perdida, cornuda, sin futuro.

No le quedaba nada y su vida era insulsa. Estaba acabada.

Solo veía pasar los días.

Pensó entonces que bien podía entretenerse en la Biblioteca Pública. Allí podía buscar información sobre su

familia; sus padres, Juan e Isabel, que habían emigrado desde Barcelona, donde él trabajaba como policía. En cuanto supo que su esposa estaba embarazada, Juan convenció a su mujer y volvieron a su pueblo natal, donde reabrió el negocio familiar, un aserradero que, finalmente, le hizo rico.

A veces, Isabel pensaba que Bernardo se había casado con ella por la enorme suma de dinero que había de heredar de sus padres.

Un álbum, no era mala idea.

Eso haría, sí. Recopilaría información sobre la historia familiar partiendo de sus propios padres y viajaría hacia adelante en el tiempo. Prepararía cuatro copias del ejemplar que pensaba escribir, con fotografías, recortes, partidas de nacimiento y anécdotas. Uno para ella y los otros tres para sus hijos. Sería su legado.

Le pareció una brillante idea, aunque aún no tenía claro cómo le daría forma.